

Ángel Murias

Maurice Blanchot

14 de marzo de 2018

En este esquema que he puesto aquí la primera parte es lo del año pasado de Artaud . El problema entre la relación del ser viviente y el Otro, el lenguaje. Os acordaréis que decía, con ese lenguaje tan expresivamente loco que hacía él: desde el momento en que nació, justo en el momento en que iba a nacer, cuando salía por el agujero de mi madre, ahí se coló Dios y nació al mismo tiempo que yo.

Eso decía Artaud. Ahí se coló el lenguaje y nació al mismo tiempo que yo, de manera que me mató al nacer. Por eso decía Artaud: tengo que matar la muerte para vivir yo. Toda su vida estuvo enfrentándose al lenguaje, tratando de subvertir el lenguaje, hasta que al final, saliendo ya del manicomio de Rodez se reconcilió con el lenguaje sabiendo que, para ir contra el lenguaje, no tiene más remedio que meterse dentro de él, moverse dentro de él.

Creo que el planteamiento de Blanchot tiene mucho que ver con esto de Artaud. Aparte de que Blanchot escribió un artículo sobre Artaud que es interesante y que igual alguna vez lo comentemos.

Pero, antes de empezar con esto, quería leerlos, como intención, un texto de Georges Bataille, tomado de *La experiencia interior*, que dice literalmente:

*Escribo para quien, entrando en mi libro, caerá allí como en una trampa. No saldrá más.*

Entrar en el libro de Blanchot *Thomas el oscuro* (me referiré al libro editado por la editorial Pre-textos, en 1982) cumple casi literalmente esta intención de Bataille. Es un libro irritante a veces, otras veces angustioso... El dice que no es una novela, que es un récit una especie de entrar al acto, de un acontecimiento, no lo sé. En todo el libro plantea el acontecimiento, que es que, al final, el propio Thomas se reencuentra a sí mismo como muerto. Lo tenéis que entender como “muerto” en el sentido de “dicho por el otro”.

Pero, para llegar ahí, ha tenido que pasar por tres experiencias, que son las experiencias que manifiesta a lo largo del libro. La primera experiencia es la del nadador en la mar. Es el principio del libro y ahí comienza. Algunos,

incluso Lacan, comentan que este libro de Blanchot expresa mejor que ningún otro la angustia, la experiencia de la angustia. A mí me parece que es más allá de la angustia, es otra cosa distinta de la angustia.

Lo que describe al principio (yo creo que mucha gente lee esto y se queda con el primer capítulo nada más, con la descripción del nadador) es al nadador. ¿Quién es Thomas el oscuro? Un tipo corriente, un tipo sin atributos, casi inexistente. No tiene historia, aparece aquí sin más. Empieza así el libro: *Thomas se sentó y contempló el mar.*

No se sabe quién es, no tiene historia. Es un tipo sin atributos, como diría Robert Musil.

*Durante algún tiempo permaneció inmóvil, como si hubiese ido allí para seguir los movimientos de los otros nadadores y, aunque la bruma le impidiese ver muy lejos, mantuvo obstinadamente los ojos fijos en aquellos cuerpos que flotaban con dificultad. (pág. 7)*

Era un día que había mala mar, mal tiempo, y no era aconsejable lanzarse a nadar. Sin embargo, parece que Thomas (así lo escribe) conocía perfectamente el sitio por donde él solía nadar y se lanzó al agua y se puso a nadar. Se sintió rodeado por el agua, se sintió llevado por el agua y, en algún momento, perdió de vista la costa. Veía que nadaba y que no llegaba a la costa. La bruma le impedía ver el objeto de su viaje, el querer llegar otra vez a la costa. Pero se vio arrastrado, dice él, como empujado desde atrás. Quiriendo huir, le empujaban, y así fue arrastrado a la orilla.

¿Cómo vive él el mar? Vive el mar como algo que le acoge y le rechaza simultáneamente. Yo asocio el mar con Dios y el lenguaje, el Otro de Artaud. El mar que te acoge y te rechaza. Te sumerges en el mar. Esto no tiene nada que ver con la vivencia de Jean Rostand del océano, del sentimiento oceánico. No es una vivencia mística. Es la vivencia de estar metido en el mar.

Sintió que se podía ahogar. Sintió que no tenía brazos, ni piernas ni cabeza. Descripción que puede ser cercana a una situación angustiosa, pero se sentía tranquilo, acogido por el mar y, al mismo tiempo, sabiendo que él no era el mar. Acogido y rechazado simultáneamente.

Esta descripción que hace de la vivencia del nadador, de Thomas nadando, expulsado luego a la orilla casi sin querer él, porque llega un momento en que él se abandona al agua y el agua le lleva y le rodea. Algunos han

interpretado que es una identificación del sujeto con el objeto, o pérdida del sujeto en el objeto, o despersonalización del sujeto en el ámbito oceánico.

Yo creo que no es eso. Es una experiencia casi loca, una descripción loca de lo que le ocurre a este nadador. Os voy a leer algún párrafo:

*¿Qué hacer? ¿Luchar para no ser arrastrado por la ola que era su brazo? (ahí aparece una identificación entre el brazo y la ola) ¿Dejarse sumergir? ¿Ahogarse amargamente? Aquel pudo ser, en efecto, el momento de detenerse; pero todavía le quedaba una esperanza y nadó como si en el corazón de su restablecida intimidad hubiese descubierto una posibilidad nueva. Nadaba, monstruo privado de alas natatorias. Bajo el microscopio gigante se hacía un amasijo decidido de pestañas y vibraciones. La tentación tomó un carácter completamente insólito cuando trató de deslizarse de la gota de agua a una región vaga y sin embargo infinitamente precisa, algo así como un lugar sagrado, tan apropiado para él que le bastaba con estar allí para existir; aquello era como un hueco imaginario donde se hundía porque ya antes de haber estado allí llevaba su huella. Así es que hizo un último esfuerzo para introducirse totalmente. La cosa fue fácil; no había ningún obstáculo. Y en tanto se instalaba en aquel lugar, al que nadie más que él podía acceder, se reencontraba a sí mismo (en el agua, en el lenguaje).*

*Por fin tuvo que regresar. Encontró sin dificultad el camino de vuelta apoyándose en un lugar que utilizaban algunos nadadores para zambullirse. El cansancio había desaparecido. Conservaba en los oídos algo así como el recuerdo de un zumbido y los ojos le escocían, como era de esperar después de una larga permanencia en el agua salada. Se dio cuenta de ello cuando al volverse hacia la superficie infinita sobre la que se reflejaba el sol, trató de reconocer en qué dirección se había alejado. Una auténtica niebla le nublabla la vista, y distinguía cualquier cosa en aquel vacío turbio que sus miradas atravesaban febrilmente. A fuerza de mirar, descubrió un hombre que nadaba a lo lejos, medio perdido bajo el horizonte. A semejante distancia el nadador se le perdía continuamente de vista. Lo veía, dejaba de verlo, y sin embargo, tenía la sensación de seguir todas sus evoluciones: no sólo de percibirlo perfectamente en todo momento, sino incluso de sentirse cerca de él de un modo particularmente íntimo y como no hubiera podido estarlo por ningún otro contacto. Permaneció largo rato observando y esperando. Había en aquella contemplación algo doloroso, algo que era como la manifestación de una libertad obtenida por la ruptura de todos los lazos. Su semblante se turbó y adquirió una expresión inusitada. (págs. 9 y 10)*

Este es el primer capítulo. Yo creo que está muy clara la metáfora o la alegoría del lenguaje. Al final el nadador se ve a sí mismo desde la orilla y es a él mismo al que está viendo. Lo que pasa es que lo ve como a un otro, es decir, como un él, no como un yo. Pero absolutamente íntimo a sí mismo. Es decir, es él mismo visto en el otro.

Es decir, la experiencia de pérdida del ser viviente en el lenguaje, que atenazaba a Artaud, descrita perfectamente en esta situación del nadador. Sumergido en el agua, que es al mismo tiempo ajena e íntima. El se siente allí en su lugar, pero, al mismo tiempo, se siente expulsado de ahí.

Visto desde Lacan, hay algo que excede al significante. Y ahí está el goce ese, el goce extra-límites, fuera de los límites del lenguaje.

Si seguimos avanzando en la lectura, vemos que se interna en un bosquecillo y cuenta una serie de cosas. Desde luego, este libro tiene una gran influencia de Kafka. Y hay otra serie de alusiones a mucha gente. Blanchot manejaba una serie de términos que, al leerlos, dices “!Esto...!”.

Incluso el propio título del libro, *Thomas el oscuro*, recuerda a Heráclito el oscuro, y justamente Heráclito el oscuro era oscuro porque se mantenía en la diferencia, en esa distancia. Recordad aquel fragmento de Heráclito: *Bios* (que es “vida”) *sin embargo da muerte*. En griego la palabra “bíos” es “vida”, pero también es “arco”, el arco que, con una flecha, puede dar la muerte. La vida y la muerte.

Hay algún otro fragmento que se conserva: uno y lo mismo es joven y viejo. Hartura y hambre. Noche y día. Uno vive de la muerte del otro.

Heráclito el oscuro, Thomas el oscuro. Hay un artículo que he leído de Évelyne Grossman (que, desde mi punto de vista, es una de las que mejor interpretó a Artaud, y que el año pasado también os la mencioné), sobre Blanchot. Me parece que vale la pena leerlo, me parece genial. En él describe la cantidad (yo creo que ahí puede ser una divagación de ella) de anagramas, hace múltiples alusiones a los anagramas lingüísticos presentes en *Thomas el oscuro*. Hace una lectura muy curiosa -formal- del lenguaje, de los significantes. Lo que dice es cómo una palabra te lleva a otra palabra y a otra palabra. De la misma manera que, en Heráclito, “bíos” (“vida”) lleva a “bíos” (“arco”, que puede dar la muerte).

Sumergido en el mar. Pero, por si acaso no quedaba clara la alegoría del lenguaje, poco después nos encontramos con Thomas que ha vuelto al

hotel, se pone a cenar y luego... Os leo el párrafo, para que veáis la segunda parte:

*Thomas se quedó leyendo en su habitación. Estaba sentado, con las manos enlazadas sobre la frente, los pulgares apoyados contra la raíz de los cabellos, tan absorto que ni se inmutaba cuando alguien abría la puerta. Los que entraban, viendo el libro abierto siempre por las mismas páginas, pensaban que fingía leer. Pero leía. Leía con un cuidado y una atención insuperables. Estaba, ante cada signo, en la situación en la que se encuentra el macho cuando la mantis religiosa va a devorarlo. (pág. 20)*

Esta metáfora también la emplea Lacan.

Aquí, si cabe, es más angustioso que lo anterior, lo del tipo que cree que se puede ahogar. Esto también recuerda a un texto de la *Biblia*, del *Apocalipsis*. Artaud lo decía, Blanchot lo menciona y yo creo que Lacan también menciona *El Apocalipsis*.

-Xabi Oñativia: Al final de la *Ética* también.

-A.M.: A propósito de la segunda muerte. Yo creo que ese concepto lo tomó precisamente del *Apocalipsis*, lo mismo que Blanchot. El *Apocalipsis* es muy anterior al texto de Blanchot y al texto de Lacan. Mirad si es angustioso esto:

*Uno y otra se observaban. Las palabras, extraídas de un libro que cobraba una fuerza mortal, ejercían sobre la mirada, que las tocaba, una atracción dulce y placentera a la vez. Una a una, como un ojo medio cerrado, se dejaban penetrar por la intensa mirada que en otras circunstancias no habrían soportado. Thomas se deslizó, pues, por aquellos pasillos, indefenso, hasta que fue sorprendido por la intimidad de la palabra. No era para alarmarse todavía, al contrario, era un momento casi agradable que le hubiera gustado prolongar. El lector consideraba felizmente aquella chispa de vida que no dudaba haber avivado. (pág. 20)*

Claro, es el lector el que da vida al libro. Un libro es una cosa inerte. Lo que estoy leyendo yo ahora aquí son manchas negras sobre fondo blanco. No dicen nada. Dicen sólo a un lector, que les da vida. El que les da vida es el lector, pero las palabras también tienen vida.

Fijaos lo angustioso que es verse devorado por el libro que estás leyendo. Aquí Blanchot habla de la lectura, de la palabra escrita, pero, de alguna manera, podemos hablar de las palabras. Continúa:

*(El lector) se veía con placer en aquel ojo que le veía. Su placer se hizo incluso demasiado grande. (pág. 20)*

Es el placer mismo en el que nos vemos nosotros cuando somos nombrados en el lenguaje, e identificados, o bien por el nombre propio que nos dan o... Acordaos de Artaud cuando decía: “!Me cago en mi nombre de pila!”, tratando de expulsar de él aquello que le hacía ser y sin embargo él no era. Aquí es eso mismo.

Creo que aquí hay una referencia al goce del viviente, que se ve dicho por el significante pero que ve que excede más allá del significante, pero que sin el significante ni siquiera podría notar ese goce.

*Se hizo tan grande, tan implacable, que lo soportó con una especie de terror y que, incorporándose, momento insoportable, sin recibir de su interlocutor ningún signo cómplice, percibió toda la extrañeza que había en ser observado por una palabra como por un ser vivo, y no únicamente por una palabra, sino por todas las palabras que habitaban aquella palabra, por todas aquellas que la acompañaban y que, a su vez, contenían en sí mismas otras tantas palabras, como una procesión de ángeles desplegándose al infinito hasta el ojo de lo absoluto. Lejos de apartarse de un texto tan bien defendido, se entregó (lo mismo que antes en el agua del mar) con todas sus fuerzas a apropiárselo, rehusando obstinadamente retirar la mirada, creyendo ser todavía un lector profundo, cuando ya las palabras se apoderaban de él y comenzaban a leerle. (págs. 20 y 21)*

Esto puede ser entendido como una vivencia alucinada. Claro. Pero las palabras también nos leen. Si no, ¿quién es cada uno de nosotros, sin recurrir a las palabras que nos identifican? ¿Quién soy yo? ¿Una imagen en la mirada del otro? Fundamentalmente soy una palabra con la que se me identifica. La ONU dice que todo niño tiene derecho a un nombre. El nombre propio que le identifica.

¿Me leen las palabras? ¿Me identifican las palabras? ¿Me hacen ser las palabras? ¿Yo existo desde las palabras? Es decir, ¿mi existencia viene desde ahí? Pero, cortando mi parte viviente, ¿qué sería yo sin las palabras? ¿Qué seríamos sin el lenguaje? ¿Qué seríamos sin el nombre, el nombre propio, el que nos identifica a todos en el carnet de identidad?

Pero probablemente hay alguna palabra que nos identifica todavía más profundamente que el nombre propio. Palabra que probablemente desconocemos. Pero quizás a través del psicoanálisis, llegaríamos, en un

final de análisis, a encontrar esa palabra, ese significante que no sabíamos, esa marca (como dice Derrida) que está allí desde el principio y que procede del Otro, es decir, de algo que es ajeno a mi ser viviente pero que me hace, que me identifica.

Dice: *Estaba atrapado*. A mí me recuerda mucho a Artaud. Probablemente el lenguaje de Artaud es más loco. Esto a mí me parece de una profundidad increíble. Si reflexionamos sobre qué relación hay entre nosotros y el lenguaje, probablemente llegaremos a la misma conclusión que esto.

Artaud se rebelaba contra el hecho de que el lenguaje le había hecho nacer como humano. Y continuamente estuvo maldiciendo al lenguaje. Incluso dejó de firmar con su nombre propio. Puso el nombre de su madre e incluso el apelativo cariñoso con el que le llamaba su abuela... Hasta que ya al final, cuando salió del manicomio de Rodez... ¿Quién lo metió en el manicomio? ¿Quién es más loco?

Artaud llamaba a los normales “satis fous”, es decir, “bastante locos”, pero que no estaban lo suficientemente locos como para darse cuenta de lo que él se dio cuenta. Dice Blanchot:

*Estaba atrapado: moldeado por manos inteligibles, mordido por un diente rebosante de savia; penetró con su cuerpo vivo, en las formas anónimas de las palabras, entregándoles su sustancia, fundando sus relaciones, ofreciendo a la palabra ser su ser.* (pág. 21)

Es decir, yo, viviente, ofrezco a la palabra que sea mi ser. Yo soy... (puedo poner mi nombre ahí).

Aquí hay toda una serie de referencias a los objetos metonímicos de Lacan. Aparecen los ojos, la voz, la mirada, incluso los desechos.

*Durante horas permaneció inmóvil, con la palabra ojos, de cuando en cuando, en el lugar de los ojos: estaba inerte, fascinado y desnudo. Incluso más tarde, cuando, entregado a la contemplación del libro, se reconoció con desagrado bajo la forma del texto que leía, estaba convencido de que en su persona, privada ya de sentido, habitaban palabras oscuras.* (pág. 21)

A mí todo esto me suena al psicoanálisis. Además nos lleva a otra cosa:

*...en su persona, privada ya de sentido, habitaban palabras oscuras, almas desencarnadas y ángeles de palabras que le exploraban afanosamente,*

*mientras encaramada sobre sus hombros la palabra Él y la palabra yo iniciaban la masacre. (pág. 21)*

La palabra El procedente del Otro, cuando yo desde mí ser viviente, miro a él... Acordaos de Arthur Rimbaud: *Yo es otro*. Es en tercera persona. Yo es él.

Sigue el texto de Blanchot. La descripción es muy amplia y muy irritante. Ya os digo, si leéis este libro, a lo mejor os ocurre lo que dice Bataille de la intención que tenía él cuando quería escribir sus libros: que la gente quedara atrapada en ellos y no pudiera salir de ellos. Este libro os atrapa y os irrita al mismo tiempo que os atrapa, y os deja una sensación agrídulce en la boca, una sensación de haber probado el agua del mar. Continúa:

*No había nadie en la habitación. Su soledad era completa. Y sin embargo, cuanto más seguro estaba de que no había nadie en la habitación, y ni siquiera en el mundo, mayor era su convencimiento de que alguien estaba allí, que habitaba su sueño, alguien íntimamente cerca de él, a su alrededor y dentro de él. (pág. 22)*

Y aquí hay una referencia que me parece que fácilmente podríais distinguir a quién es. Todo esto de una presencia que distingue. Blanchot escribe:

*Era como un ciego que habiendo oído un ruido, encendiera precipitadamente su lámpara: nada podía permitirle distinguir, no importa en qué forma, aquella presencia. Tenía que habérselas con algo inaccesible, extraño, algo de lo que podía decir: eso no existe, y que sin embargo, llenándole de terror, sentía errar en el ámbito de su soledad... Era algo así como una modulación en lo que no existía, una manera diferente de estar ausente, un vacío distinto en el que se inflamaba. Ahora no cabía ya la menor duda, alguien se le estaba acercando, alguien que ya no estaba en ninguna parte y en todas a la vez, sino sólo a algunos pasos, invisible y cierto. Con un movimiento que nada detendría, que nada tampoco precipitaría, venía a su encuentro con una fuerza de la que no podía apartar el contacto. Quiso huir. Salió precipitadamente al pasillo. Jadeante y casi fuera de sí, apenas había dado unos pasos cuando constató el progreso inevitable del ser que se le acercaba. Volvió a la habitación. Atrancó la puerta. Espero, la espalda apoyada contra la pared. Pero ni los minutos ni las horas agotaron su espera. Se sentía cada vez más cerca de una ausencia cada vez más monstruosa cuyo encuentro requería el infinito del tiempo. (págs. 22 y 23)*

¿No veis aquí la referencia a Guy de Maupassant y al cuento de terror *El Horla*? ¿Recordáis el cuento? El Horla, que está leyendo el periódico, siente una presencia, mira y no había nadie. Se asusta. El cuento *El Horla* es precioso. Es la misma situación, creo que es un cuento de una alucinación. Termina, además, de una manera terrible. El siente esa presencia, mira y no la encuentra, acaba diciendo que va a salir de casa porque ve que la presencia no acaba de quitársele de encima. Se pone contra la pared (como dice aquí Blanchot), va arrastrándose sin despegar la espalda de la pared, hasta que llega a la puerta. Y cuando llega a la puerta, sale y cierra la puerta, dejando a la presencia dentro. Destruída en el incendio de la casa. Pero luego siente otra vez la presencia, fuera de la casa. Y termina el cuento de Maupassant: entonces tendré que matarme yo.

Este párrafo que os he leído de Blanchot casi podría ser literal de parte del cuento de Maupassant. Continúa con la angustia y dice:

*Espera y angustia tan insoportables que le liberaron de sí mismo. Una especie de Thomas salió de su cuerpo y fue al encuentro de la amenaza que le acechaba. Sus ojos trataron de mirar, no en el espacio sino en el tiempo y en un punto del tiempo que no existía todavía. Sus manos buscaron un cuerpo impalpable e irreal. Era un esfuerzo tan penoso que aquella cosa, que se alejaba de él y al alejarse trataba de atraerle, le pareció la misma que se acercaba extraordinariamente. Cayó al suelo. (pág. 23)*

-Xabi Oñativia: En el último capítulo del Seminario 9, *La Identificación*, y en el Seminario 10, *La Angustia*, de 1962, cita como ejemplo de la angustia cuando uno se encuentra con una mantis religiosa enorme, él está disfrazado, es la máscara de una mantis religiosa macho, es el momento de angustia, utiliza esa metáfora, nadie ha dicho que eso viene de Blanchot....seguro que había leído el texto de Blanchot que es de 1941...

-A.M.: Lacan cita a Blanchot. Yo no sé si lo cita en esa metáfora, pero lo cita. No sé si esta metáfora es original de Blanchot o él la ha tomado de alguien.

-Intervención: no puede ser también sobre el miedo, la soledad...

-A.M.: La vivencia angustiosa. Yo quiero que relacionéis la cuestión del mar, la inmersión en el mar (y la amenaza de quedarse ahogado en el mar) y, al mismo tiempo, cómo el propio mar le saca a la orilla. O la relación entre el viviente, el lector, y el libro.

-Xabi Oñativia: y esa especie de hueco, huella imaginaria, la vacuola, el significante sería el mar y lo que no es significante la huella donde se aloja el sujeto ...

-A.M.: Blanchot habla, sobre todo, de la escritura. Lo mismo que, por otra parte, Derrida. Y, sin embargo, Lacan habla del lenguaje, del lenguaje oral, del hablar. Pero yo creo que es lo mismo.

No hay escritura sin lenguaje. Cuando habla de la letra, no sé si se refiere a la letra escrita, a lo escrito. El psicoanálisis es una relación, un encuentro. Dejo que el lenguaje me dé ser. Yo le doy el ser para que me dé ser.

Voy a leerlos varios párrafos por las referencias que hace a la *Metamorfosis* de Kafka. No lo cita, como tampoco cita a nadie aquí, pero está lleno de referencias. Desde el propio título de *Thomas el oscuro*, está lleno de sugerencias para cualquier lector.

Sartre también está presente aquí. Al leerlo, a mí me recordaba a *La náusea* de Sartre, en algún momento. Tened en cuenta que *La náusea* es de 1939 y este libro es de 1941. Continúa:

*Cada parte de su cuerpo sufría una angustia diferente. Su cabeza irremediabilmente topaba con el mal, sus pulmones lo respiraban (el mal sería el Otro). Estaba allí, sobre el parque, retorciéndose, entrando y saliendo alternativamente de sí mismo. Se arrastraba torpemente, apenas diferente de la serpiente que hubiera querido ser para poder creer en el veneno que sentía en la boca (referencias al Apocalipsis). Escondía la cabeza bajo la cama, en un rincón lleno de polvo; descansaba (otra referencia a otro de los objetos metonímicos) en las deyecciones como en un lugar refrescante donde se veía más propio que en sí mismo. En aquel estado se sintió mordido o golpeado, no podía saberlo, por lo que le pareció ser una palabra, pero que se asemejaba más bien a una rata gigantesca de ojos penetrantes, de dientes puros, un animal todopoderoso. (pág. 23)*

Lo de la rata también puede recordar al “hombre de las ratas” de Freud. La metáfora de las ratas también la utiliza Sartre, refiriéndose a los burgueses, en un artículo que escribió en 1952, a propósito de una manifestación fracasada en París, convocada por el Partido Comunista. Sartre estaba en Italia de vacaciones y lee al día siguiente en *Le Figaro*, un periódico conservador, que se alegran de que la convocatoria del Partido Comunista había sido un fracaso rotundo. A Sartre le entra un enfado terrible y se pone a escribir sin parar. En dos noches escribe un artículo larguísimo que tiene

que publicarlo en dos números de la revista *Les temps modernes*. Se titula *Los comunistas y la paz*. Empieza diciendo *Queridas ratas viscosas*, refiriéndose a los burgueses escritores y lectores de *Le Figaro*.

Esta metáfora de las ratas era muy usada en esos momentos. Marcel Proust y Bataille también. Continúo la lectura:

*Viéndola (a la rata), a algunas pulgadas de su rostro, no pudo evitar el deseo de devorarla, de arrastrarla consigo a la intimidad más profunda. (Es decir, viendo la palabra que te muerde, no puedes evitar la tentación de coger tú esa palabra, de arrastrarla contigo a la intimidad más profunda). Se arrojó sobre ella y, hundiéndole las uñas en las entrañas, trató de hacerla suya... Una y otra vez Thomas era empujado al fondo de su ser por las mismas palabras que le habían acosado, y a las que él perseguía como su pesadilla y como la explicación de su pesadilla. Se volvía a encontrar siempre más vacío y más pesado, moviéndose con una fatiga infinita.*

*Su cuerpo, después de tantas luchas, se hizo completamente opaco, y, a aquellos que le miraban, daba la impresión apacible del sueño, aunque no hubiera dejado de estar despierto un solo instante. (págs. 23 y 24)*

Es decir, lo mismo que el mar le empuja a la orilla, era empujado al fondo de su ser por las mismas palabras que le habían acosado, y a las que él perseguía como su pesadilla y como la explicación de su pesadilla. Para mí está clara la relación entre la metáfora del nadador, de Thomas nadando en el mar, y la metáfora de Thomas lector del libro que, a su vez, le lee. Sumergido en la lectura.

Pero, por otra parte, existe en castellano (y en francés) la expresión “devorar un libro”. Alguien devora un libro. Otra cosa es que el libro te devore. Y además que, al devorar ese libro (que es lo que está haciendo Thomas aquí), sienta en la boca ese sabor amargo de lo que está tragando.

Sobre eso, he buscado una referencia en el *Apocalipsis* que os voy a leer (dos párrafos del *Apocalipsis* de San Juan, muy anterior a Blanchot y a Lacan):

*Vi entonces otro ángel vigoroso que bajaba del cielo envuelto en una nube. El arco iris aureolaba su cabeza. Su rostro parecía el sol, y sus piernas, columnas de fuego. Llevaba en la mano un libro abierto. Lanzó el pie derecho al mar y el izquierdo a la tierra, y dio un grito estentóreo, como rugido de león. Al gritar él, hablaron las voces de los siete truenos.*

*Cuando hablaron los siete truenos, me dispuse a escribir, pero oí una voz del cielo que decía: ¡Guárdate lo que han dicho los siete truenos, no lo escribas ahora!*

*El ángel que había visto de pie sobre el mar y la tierra levantó la mano derecha al cielo y juró por el que vive por los siglos de los siglos, por el que creó el cielo y cuanto contiene, la tierra y cuanto contiene, el mar y cuanto contiene:*

*-Se ha terminado el plazo. Cuando el séptimo ángel empuñe la trompeta y dé su toque, entonces, en estos días, llegará a su término el designio secreto de Dios, como lo anunció a sus siervos los profetas.*

*La voz del cielo que había escuchado antes, se puso a hablarme de nuevo. La voz del cielo empezó a hablarme de nuevo diciendo:*

*-Ve a coger el libro abierto de la mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra.*

*Me acerqué al ángel y le dije:*

*-Dame el librito.*

*Él me contestó:*

*-Cógelo y cómetelo. Te amargaré las entrañas, aunque al paladar te sabrá dulce como miel..*

(Fijaos lo de mantenerse en la diferencia, en la contraposición)

*Cogí el librito de mano del ángel y me lo comí. En la boca me sabía dulce como miel, pero, cuando me lo tragué, sentí una amargura en las entrañas.*

Un poco más adelante dice:

*Vi un trono magnífico y brillante y al que estaba sentado en él. Huyeron de su presencia la tierra y el cielo, y desaparecieron definitivamente.*

*Vi también a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono de Dios.*

*Se abrieron unos libros y abrieron luego un libro aparte. El registro de los vivos.*

*Juzgaron a los muertos por sus obras, según lo escrito en los libros.*

*El mar entregó sus muertos. La muerte y el abismo entregaron sus muertos. Y cada uno de ellos fue juzgado por sus obras.*

*A la muerte y al abismo los echaron al lago de fuego. El lago de fuego es la segunda muerte.*

*Y a todo el que no estaba escrito en el registro de los vivos lo arrojaron al lago de fuego.*

Esto es del *Apocalipsis*. Aquí habla de la segunda muerte. Los que queden en el libro del registro de los vivos serán los que van a ser salvados. Los

que queden vivos serán vivos para la eternidad. La primera muerte sería la muerte física del cuerpo y la segunda muerte sería en el momento del Juicio Final, cuando, si no estás en el registro del libro de los vivos, serás tirado al fuego. Por cierto, Blanchot tiene otro libro que se titula *La parte del fuego*, bastante interesante.

Esto está sacado del *Apocalipsis*. No sé si no hay nada nuevo bajo el sol, o es que... Porque todo esto está aquí, en el *Apocalipsis*. Y el tono de escritura de Blanchot es muy cercano al tono de escritura de San Juan en el *Apocalipsis*. Por lo menos a mí me lo parece (el estilo, la manera de hablar).

Steiner decía que nadie que lea un libro y, después de haber terminado de leerlo, no haya sido transformado, nadie que no haya sido transformado después de leer un libro ha leído ese libro. Es decir, se pueden pasar los ojos por el libro, pero si, al terminar, ese libro no te ha transformado, es que no te has enterado de nada.

En el libro *La parte del fuego*, escrito en 1949, Blanchot dice:

*Tomemos la molestia de escuchar una palabra. En ella la nada lucha y trabaja. Sin descanso, se ahonda, se esfuerza, buscando una salida, volviendo nulo aquello que la encierra. Infinita inquietud, vigilancia sin nombre y sin forma.*

*El sello que retenía esta nada en los límites de la palabra y bajo las especies de su sentido (palabra con sentido) ya se ha quebrado. He aquí abierto el acceso a otros nombres.*

También esto me recuerda al psicoanálisis. Abres el acceso a otros nombres.

*Menos fijos, todavía indecisos, más capaces de conciliarse con la libertad salvaje de la esencia negativa, de conjuntos inestables, ya no de términos, sino de su movimiento, desplazamiento sin fin, de giros que no llegan a ningún lado.*

Y ahora viene lo que me gustaría subrayaros de esto que dice Blanchot en el libro *La parte del fuego*:

*¿Dónde reside, entonces, mi esperanza de alcanzar aquello que repelo? En la materialidad del lenguaje.*

Es curioso, ¿no os suena a la “motérialité” Ahora va a describir:

*En la materialidad del lenguaje, en el hecho de que las palabras también son cosas. Una naturaleza, aquello que me es dado y me da más que aquello que comprendo. El nombre deja de ser el pasaje efímero de la no existencia para devenir una bola concreta, una masa de existencia.*

*Todo aquello (aquí viene lo de la moterialidad-materialidad) que es físico juega el rol principal (se refiere a todo aquello que es físico en la palabra). El ritmo, el peso, la masa, la figura, y luego el papel sobre el cual se escribe, la traza de la tinta, el libro, en fin...Sí, por suerte el lenguaje es una cosa.*

*La palabra actúa. No como una fuerza ideal, sino como una potencia oscura, como un encantamiento que violenta a las cosas, que las hace realmente presentes fuera de ellas mismas.*

-Xabi Oñativia: La moterialidad, Lacan, utiliza a partir de Saussure, los anagramas...

-A.M.: Hay un ser físico de las palabras, que es todo eso que acabo de leer, que tiene sus efectos, efectos prácticos. El ser material de las palabras que se usan.

Hay un momento en que habla de angustia. En algún momento emplea la palabra “angustia”, quizás más “horror”. La vivencia del que se siente ahogar en el mar y no ve la costa, se ha alejado, hay una bruma que le impide ver, y decide abandonarse al mar. Pero luego el mar le empuja a la orilla, la orilla del ser viviente. Lo mismo que el lenguaje te empuja a algo que está más allá (no sé si será más allá del placer). Él también ha devorado las palabras y tiene ese regusto... (lo del *Apocalipsis*). Dice:

*Fuera de él se encontraba algo parecido a su propio pensamiento que su mirada o su mano podría tocar. Fantasía repugnante. Pronto la noche le pareció más sombría, más terrible que cualquier otra noche, como si brotara realmente de una herida de pensamiento que ya no podía pensarse.... (pág. 13)*

Herida del pensamiento tomado irónicamente como objeto por algo distinto al pensamiento. En realidad esa es la pasión filosófica que Foucault le atribuye a Blanchot. Foucault, en un libro que escribió precisamente sobre Blanchot, que se titula *El pensamiento del afuera*, dice que lo que trata el pensamiento es justamente pensar lo de afuera, lo que no es pensamiento. Y eso es una locura, la locura del pensamiento.

A mí me parece que este librito es muy bueno para entender el planteamiento de Blanchot. Por cierto, luego Blanchot también escribió un libro sobre Foucault que se titula *Foucault como yo me lo imagino*.

Volviendo a *Thomas el oscuro*, la tercera experiencia no he conseguido tenerla clara. Por eso la pongo con interrogación, no la veo clara. Es el encuentro con la mujer, con lo femenino. Thomas está en el hotel y ve allí a una mujer rubia muy guapa a la que se acerca, se aleja... Se llama Anne y se relaciona con ella, pero ella está enferma de muerte. Las dos figuras de la castración: el amor y el duelo. Dice:

*¿Qué iba a suceder? Ella no sabía nada, pero, empleando toda su vida en la espera, su impaciencia se confundía con la esperanza de participar en un cataclismo general donde, al mismo tiempo que los seres, serían suprimidas las distancias que separan a los seres.* (pág. 39)

¿El amor como posibilidad de fusión, de superación de la distancia que separa a los seres? ¿Sueño, por otra parte, mortal?

Sigue aquí contando largamente (son tres o cuatro capítulos) la relación con Anne y dice:

*- Sí, dijo ella, quisiera verte cuando estás solo. Si al menos pudiera encontrarme ante ti, completamente ajena a ti, tendría alguna oportunidad de reunirme contigo. Pero en cambio sé que no te alcanzaré nunca. La única posibilidad de disminuir la distancia que nos separa sería alejarme infinitamente. Aunque ya estoy infinitamente lejos y no puedo alejarme más. Desde el momento en que te toco, Thomas...* (págs. 40 y 41)

Es la imposibilidad de superar la distancia. Lo que no he conseguido ver es la relación con las otras dos experiencias. No he conseguido o sigo sin verlo todavía claro. Pero esta mujer, Anne, acaba muriendo. Vamos a ver cómo describe el momento en que ve el cadáver de Anne. Otra vez hay una referencia a Dante y a *La Divina comedia*, sin decirlo. Es un texto lleno de referencias textuales. No tiene por qué citarlas. Dice:

*Y cayó en los círculos mayores, análogos a los del Infierno, pasando, relámpago de razón pura, por el momento crítico donde es necesario, sólo un instante, permanecer en el absurdo y, habiendo abandonado lo que todavía puede representarse (representación bien de imagen o bien de palabra), añadir indefinidamente la ausencia a la ausencia, y a la ausencia de la ausencia y a la ausencia de la ausencia de la ausencia, y así, con esta*

*máquina aspirante, hacer desesperadamente el vacío... Todo lo que había querido suprimir de ella, tuvo la certeza de volver a encontrarlo tal cual. En aquel momento supremo de absorción, reconocía en lo más profundo de su pensamiento un pensamiento, el miserable pensamiento de que ella (la muerta) era Anne, la viva, la rubia y, oh horror, la inteligente. Las imágenes la petrificaban, la concebían, la producían...  
...Anne, en medio de la indiferencia, ardió de una sola vez, cumplida antorcha, con toda su pasión, su odio por Thomas, su amor por Thomas. En el corazón de la nada, hizo intrusión como una presencia triunfante y se arrojó en su interior, cadáver, nada inasimilable. Anne, que existía todavía y que no existía más, suprema burla al pensamiento de Thomas. (págs. 48 y 49)*

Es decir, Anne, que existía (como cadáver, y además existía plenamente) y que no existía más, porque ya no era viva. Pero era, dice un poco más adelante, *más perfecta que cuando era viva*. Estaba completa, allí había desaparecido toda ambigüedad.

Era Anne. Con su rostro, con su cuerpo. Inmóvil, petrificado. Era nada, pero existía como esa nada.

Sí. Es familiar, pero, al mismo tiempo, te das cuenta de que ya no es. No es vivo. Lo único que queda de él es su imagen y su nombre.

Creo que merece la pena leer todo el libro. Os voy a leer un párrafo del momento en que llega el médico:

*El médico se inclinó y creyó que se moría según las leyes de la muerte, sin ver que había alcanzado el instante en el que eran las leyes las que morían en ella. Hizo un movimiento imperceptible, nadie comprendió que ella se debatía en el instante en que la muerte, destruyendo todo, podía destruir también la posibilidad de la aniquilación. (pág. 66)*

Hay algo que a mí me parece paradójico: cuando alguien se muere, dicen “los restos mortales”, cuando en realidad esos restos son precisamente los que no pueden morir. Habría que decir “los restos inmortales” del muerto, porque sólo puede morir lo que está vivo. Los restos muertos ya no pueden morir. Mirad cómo describe el momento:

*”Yo presentía, dijo, que Anne había premeditado su muerte. Esta noche estaba tranquila, y hermosa. Sin esa coquetería que hace disimular a los muertos su verdadero estado, sin esa última cobardía que les hace esperar la muerte de la mano del médico, en un instante se ha dado una muerte*

*completa. Me he acercado a este cadáver perfecto. Los ojos se le habían cerrado. La boca no sonreía. No había en el rostro ningún reflejo de vida. Cuerpo sin consuelo, no oía la voz que preguntaba: “¿Es esto posible?”; y nadie osó decir de ella lo que se dice de los muertos sin valor, aquello que Cristo dijo, para humillarla, de la joven que no era digna del sepulcro: duerme. Ella no dormía. Ella tampoco había cambiado. Ella se había detenido en el punto en el que no se asemejaba más que a sí misma... “ (págs. 69 y 70)*

La descripción es genial. Cuando ha muerto, ha llegado a un punto en el que se asemeja sólo a sí misma.

*¿Tenía entonces la apariencia de vida? ¡Ay! Todo lo que le impedía entonces distinguirse de una persona real, era lo que verificaba su aniquilamiento. Estaba toda en sí misma: en la muerte, sobreabundante de vida (otra paradoja, como la de Heráclito). Parecía más dura, más dueña de sí. Ninguna Anne sobraba en el cadáver de Anne. Todas habían sido indispensables para reducirla a nada. La celosa, la pensativa, la violenta, sólo habían servido una vez para configurar su muerte. Al final parecía necesitar más ser para ser aniquilada que para ser y, muerta precisamente por aquella sobreabundancia que le permitía mostrarse por completo, daba a la muerte toda la realidad y toda la existencia que atestiguan su propia nada... Morir había sido su astucia para dar a la nada un cuerpo. (pág.70)*

Esta expresión se las trae.

La forma perfecta, acabada, donde ya no hay potencia. Y al mismo tiempo es la presencia absoluta del ser, del ser en acto puro, porque no hay potencia.

*En el momento en que todo se destruía, ella había hecho lo más difícil, y no es que hubiera extraído algo de nada, acto sin consecuencias, sino que había dado a la nada, en su forma de nada, la forma de algo. (pág. 71)*

A mí me parece que la precisión del lenguaje de Blanchot es increíble.

-Xabi Oñativia: el Evangelio, Lázaro...

-A.M.: Después de estas experiencias, el mismo Thomas se considera él un muerto, un muerto eterno. Dice:

*Bajo el nombre de Thomas, en ese estado elegido en el que podía nombrárseme y describirse, tenía el aspecto de un vivo cualquiera, pero, como yo no era real más que con el nombre de muerto, dejaba transparentar, sangre mezclada a mi sangre, el espíritu funesto de las sombras, y el espejo de cada uno de mis días reflejó las imágenes superpuestas de la muerte y de la vida. De este modo mi suerte asombró a las masas. Aquel Thomas me forzó a parecer, mientras estaba vivo, no ya el muerto eterno que era y sobre el que nadie podía dirigirme la mirada, sino un muerto ordinario, cuerpo sin vida, sensibilidad insensible, pensamiento sin pensamiento... Hombre sin ninguna parcela de animalidad, con mi voz que ya no cantaba, que ni siquiera hablaba, como la del ave cantora, dejé de poder expresarme. Pensaba, fuera de toda imagen y de todo pensamiento, en un acto que consistía en ser impensable. En todo momento yo era ese hombre puramente humano, ejemplar único de individuo supremo por el que cada cual se cambia a la hora de morir y que muere solo en el lugar de todos... (págs. 73 y 74)*

*Pero parecía que si, falseando un poco la ligazón de las palabras, hubiera buscado lo contrario de tu contrario, habría llegado, perdiendo el buen camino y sin volver sobre mis pasos, progresando admirablemente de ti, consciencia, que eres a la vez existencia y vida, a ti, inconsciencia, que eres a la vez realidad y muerte, habría llegado, forzado entonces a un terrible incógnito, a una imagen de mi enigma que hubiese sido a la vez nada y existencia. (pág. 79)*

Aquí hay también otra expresión que luego usa Lacan:

*...Fue entonces cuando, en el interior de una profunda gruta, se me reveló la locura del pensador taciturno; y unas palabras ininteligibles resonaban en mis oídos mientras yo escribía en la pared estas dulces palabras: "Pienso, luego no existo." (pág. 79)*

-Josefina Garcia de Eulate : Lacan: no pienso, no existo... / Descartes: la duda metódica...

-Mikel Plazaola: la duda metódica ¿a que te puedes agarrar? a nada, hasta llegar al pienso luego Soy.

Lacan le da la vuelta, la experiencia psicoanalítica, la clínica en general lleva al Donde pienso, no soy. Donde no pienso soy.

-A.M.: Continúa:

*Pienso, dijo, reúno todo lo que es luz sin calor, rayo sin brillo, productos no refinados, los mezclo y conjugo, y en una primera ausencia de mí mismo, me descubro en el seno de la intensidad más viva como una unidad perfecta. Pienso, dijo, soy el sujeto y el objeto de una irradiación todopoderosa; sol que emplea toda su energía tanto en hacerse noche como en hacerse sol. Pienso: allí donde el pensamiento se me añade yo puedo sustraerme del ser, sin disminución ni cambio, por una metamorfosis que me conserva a mí mismo fuera de todo refugio donde ocultarme. Esta es la propiedad de mi pensamiento, no ya de asegurarme la existencia, como todas las cosas, como la piedra, sino de asegurarme del ser en la nada misma, y convidarme a no ser para hacerme sentir así mi admirable ausencia. (pág. 80)*

Blanchot vuelve a hacer esa dualidad contra la que se rebelaba Artaud.

-Intervenciones: rigor no exento de angustia, encuentro con la muerte, horror más que angustia...

-A.M.: Recordemos a Artaud, que decía que tenía que matar la muerte. Matar la muerte es rebelarme contra ese Otro que me define. Y sin el cual yo no soy.

- Conversaciones:

(se sujeta en esa estructuración con palabras, se puede sostener, no como Artaud... / hablando con lo simbólico sobre lo real... / lectura inquietante... / al principio se ve a sí mismo nadando, sin ningún atributo... / el agua y el cuerpo tienen una continuidad...)

-A.M.: Thomas está muerto en la misma medida que la palabra “Carlos” no se refiere a ese ser viviente llamado Carlos. Antes decía que Thomas no tiene atributos porque aquí no presenta quién es Thomas. Es decir, Thomas es un hombre cualquiera que se llama Thomas y que está allí y que un buen día se lanza al mar a nadar. Nada más. Por eso no es una novela, lo dice él. Es la expresión de un acontecimiento, es un relato de un acontecimiento.

Pero ¿cuál es el acontecimiento en toda la novela? Para mí, el acontecimiento es el descubrimiento de la dualidad con el lenguaje, de la escisión con el lenguaje. El acontecimiento que Artaud rechazaba de arriba abajo. Mirad lo que dice un poco más adelante:

*Él, invisible y fuera del ser, me percibe y me sostiene en el ser. El mismo, quimera injustificable si yo no estuviese allí, lo distingo, no en la visión que tengo de él, sino en la visión y el conocimiento que él tiene de mí. Yo soy visto. Estoy destinado, bajo esa mirada, a una pasividad que, en lugar de disminuirme me hace real... Yo soy visto. Poroso, idéntico a la noche que no se ve, soy visto. Tan imperceptible como él, sé que me ve. Él es, incluso, la última posibilidad que tengo de ser visto cuando ya no exista. Es esa mirada que continúa viéndome en mi ausencia. (pág.86)*

Es lo que él está haciendo con la muerta Anne. Pero aquí se refiere a que la única posibilidad de existir que tiene un muerto después de muerto es desde su nombre. Como aquel cementerio ortodoxo en Turquía que os comenté, que ponía a la entrada: *nula nomina sumus*. (“no somos más que nombres”). Toda la gente que está en el cementerio, pero los nombres no significan. Cuando son realmente es cuando sólo te queda el nombre. Pero cuando estoy vivo, ¿el nombre me agota, agota lo que yo soy? ¿Expresa plenamente lo que yo soy?! Ni hablar!

Mucha gente se llama de diversas maneras. Pero yo creo que, cuando habla del nombre, no sólo se refiere al nombre propio. Claro, se refiere al nombre propio, habla de Thomas y habla de Anne. Pero yo creo que la palabra más bien se refiere al... Yo no tengo muy claro todavía qué es el significante amo. No tengo muy claro si el significante es la primera marca, el rasgo unario, la marca que hay ahí en una entidad que queda inscrita en el cuerpo... No sé todavía lo que es.

Pero creo que es algo que viene del Otro, es decir, del tesoro de los significantes, con el que me identifico sin yo saberlo. Es decir, no es el nombre de mi carnet de identidad, que lo puede tener cualquiera, sino “tú eres la rata”, que dice al terminar el hombre de las ratas.

¿Por qué el hombre de las ratas se identifica con ese nombre, que no era su nombre de pila, su nombre propio? Quizás es el sinsentido al que se llega al final del análisis. Exactamente *El Aleph*, una novela de Borges.

Quiero leer una cosa que dice al final (una referencia a Heráclito: *No encontrarás los límites del alma, tan profundo es su logos, su palabra*):

*Ellos se creían todavía encerrados en un alma cuyos límites querían franquear. La memoria les parecía ese desierto de hielo, que un admirable sol fundía, donde reconquistaban, por el recuerdo sombrío, frío, separado del corazón que había amado, el mundo donde intentaban revivir.*

*Aunque no tuviesen cuerpo gozaban de todas las imágenes que representaban un cuerpo, y su espíritu alimentaba el cortejo sin fin de cadáveres imaginarios. Pero poco a poco llegó el olvido. La memoria gigantesca donde se debatían entre espantosas intrigas se replegó sobre ellos y los expulsó de aquella ciudad donde todavía parecían respirar débilmente. Por segunda vez perdieron su cuerpo. Unos, absorta la mirada en el mar; otros, aferrándose obstinadamente a su nombre; todos perdieron la memoria del habla mientras repetían la palabra vacía de Thomas. El recuerdo se borró, y, como la fiebre maldita que alimentaba en vano su esperanza, como prisioneros sin otra cosa para evadirse que sus cadenas, trataron de remontarse hasta la vida que no podían imaginar. (pág. 93)*

En el último párrafo, dice:

*Thomas, también, contempló aquella marea de imágenes groseras; después, cuando llegó su turno, se arrojó en ella, aunque tristemente, desesperadamente, como si la vergüenza hubiese comenzado para él. (pág. 94)*

Para mí la clave del asunto es la relación entre el ser viviente y el lenguaje. Os quería leer un párrafo pequeño, muy corto, de otro libro de Blanchot que se titula *La escritura del desastre*. Dice:

*Llamando segunda muerte a la muerte física, a la que el Apocalipsis llamaba primera, él afirma que la primera muerte no es menos orgánica que la segunda, puesto que ella toca al cuerpo, tanto una como la otra. No solamente porque, como lo ha dicho Hegel, el hombre es un animal enfermo, sino porque la muerte es él.*

Él, no como "hombre", sino como sujeto, punto de singularidad (así lo llama Artaud).

Se ve que, a través de los textos de sus alumnos, más que directamente, sin duda, Blanchot ha entendido, por fin, bien a Lacan. El sujeto como punto de singularidad. En el fondo, el sujeto es sujeto por el lenguaje. O en otros términos, que va a emplear Lacan más adelante: el "parlêtre", el "hablente", el ente que habla, y que está captado en el lenguaje. No hay otra vuelta, no hay otra salida.

A mí me parece interesante este libro de *Thomas el oscuro*. No es una novela (ya os digo que él lo llama "recit", es un relato de un

acontecimiento, como una especie de fogonazo, que es esa descripción. En lugar de “roman”, lo llama “recit”.